AÑO VIII
N.o 347.

EL DIA

Montevideo,
setiembre 3 de 1939.



"Los árboles que no dan fruto, dan nidos..." — (Paisaje del Dpto. de Colonia). — Foto: Pedro M. Juanicotena.

EDUARDO FABINI EN SU PUEBLO NATAL

(Para "EL DIA")

EL es así humanamente santo; simple y sincero. Mucho antes de que el sol haya iluminado la cima de los más altos cerros de la Sierra, Eduardo Fabini ya se ha reintegrado, cuerpo y alma, a esa "su" naturaleza.

Y es su primera palabra, murmurada a penas, acento de ternura hacia sus aves domésticas, emotivo soliloquio ante el renovado espectáculo del crecimiento de sus plantas.

La primera luz de la mañana lo toma ya vagando lentamente, mirando todo — se diría auscultándolo — o revisando las ramas de sus árboles, cuyas hojas parece como si acariciase...

La Ciudad, en cambio, ejerce sobre él una acción sensiblemente nociva para su personalidad, aun cuando no modifique en mucho la eterna extroversión de su dulzura estructural de carácter. Acaso, el daño se opera en lo inconsciente, al limitar su capacidad de acción, del modo como las altas casas nos roban a todos la luz del sol y la percepción de los dilatados horizontes.

Es Fabini, virtualmente, un trozo de Solís de Mataojo, hecho persona. Y eso sólo se llega a comprender cuando tras una honda compenetración en el cosmos de su obra total, llegamos al rincón, cito el más austral del Departamento de Lavalleja.

Aquí, la violenta ondulación de los campos parece haber cesado. El día cae más parejo sobre esas llanuras que empiezan ya a extenderse con ansias de infinitud.

La Sierra sigue, en tanto, alzándose en el horizonte del oriente, dominando el paisaje entero, e imprimiéndole su propia personalidad. En efecto, de la exuberancia del paisaje bravío del corazón de la sierra, al paso de transición que representa Pueblo Solís, hay toda la graduación elástica que media entre un "fortissimo" y un "mezzo forte" musicales.

En toda la extensión de la obra fabiniana se trasluce con claridad ese sentimiento que acaso existe ya, en germen, en el alma de todos los moradores del pueblo.

Visión de horizontes lejanos; paisaje de suavidad, lleno de brisas sutilmente perfumadas; macizos de flores del campo, uniendo su sinfonía olfativa a la desgranada polifonía de los pájaros; sugestión perenne de lejanías inalcanzables; todo esto vive y se alza en sonido, aun en la obra de las menores obras de Fabini.

Quisiera aclarar aquí lo que entiendo por 'dimensión' de las obras. Cuando un artista es auténtico, resulta harto convencional hablar de obras "mayores" o "menores". Esa clasificación dimensional obedece casi siempre a la fría duración cronométrica, o al volumen de las exigencias instrumentales.

Entre "LUZ MALA" y "MBURUCUYA" media, en efecto, un trecho considerable: pero éste se debe más a un lento y constante proceso de depuración, que a la mera relación de recursos técnicos o tiempos de ejecución.

Y bien: ese proceso dignificante que se advierte en el curso ascendente de la obra de Fabini, sólo puede llevarse a cabo en su apropiado clima físico y espiritual; verdadero caldo de cultivo donde el fermento del talento ha encontrado el medio óptimo para su desarrollo y floración. Ese medio es el del diminuto y simpático pueblo de Solís de Mataojo.

Es en él donde Fabini escuchó las voces de la naturaleza, desde las mañanas aún sucias del gris de la noche inconclusa. Allí, donde, en interminables viajes entre su casa y su rancho (dualidad de mundos, al fin...) halló el modo de llenar aquel espacio métrico, con los límpidos acordes de su reciente sonoridad.

Sentado en la costa del Arroyo Mataojo, en la misma vieja piedra donde los días antiguos se durmieron en verdes grietas de tiempo, escuchó, a través de mil amaneceres, el desgranarse interminable de la música de los sapitos. Y este natural xilófono acuático apareció después, con caracteres de obra perenne, rebosando originalidad, en la música de su ballet "MBURUCUYA".

Por el mundo entero circula hoy, en elegante edición firmada por Ricordi, la partitura de esa música, que es como un espectro sonoro del arroyo en las auroras; y los sapitos siguen, hoy como ayer, cantando en albas y en ocasos, su siempre renovado y siempre idéntico modo rítmico; con el mismo "senza rigor de tempo" con que el músico los condenó en los pizzicati de los violines...

En "MBURUCUYA" es donde, evidentemente, el paisaje minuano se ha llevado al máximo de transfiguración.

Pero esa estilización vertical que Fabini le ha impreso, llevándola a un altísimo grado de dignidad artística, no ha podido, empero, desvirtuar en nada aquella prístina "cualidad primera", propia de "Campo" y de "La Patria Vieja"; aquella cualidad que se ha mantenido incólume, porque pertenece a una estructura espiritual definida; y esa es: "LA EMOCION INGENUA". Así es como esa emoción se hace evocativa o pictórica en "CAMPO"; idílica en "LA ISLA DE LOS CEIBOS", poética y crepuscular en "LA PATRIA VIEJA"; brillante y colorida como un arco iris en "MAÑANA DE REYES". Pero la raíz emotiva, apartada siempre del "pathos" grandilocuente, es eternamente la misma. La emotividad ingenua es como una tónica en el alma de Eduardo Fabini. Carácter un tanto "crepuscular"; intensa graduación anímica, cual si fuesen pugnas ignoradas de fuego y de agua; y, dominando todo, un claro sentimiento vibrante de las cosas; emotividad pura. De ahí el porqué del arranque inaudito de su emoción ingenua, y el porqué de que ese matiz suyo, sea el acervo más precioso en su modalidad artística; tesoro que sólo su medio aldeano puede conservar intacto, y siempre eficaz.
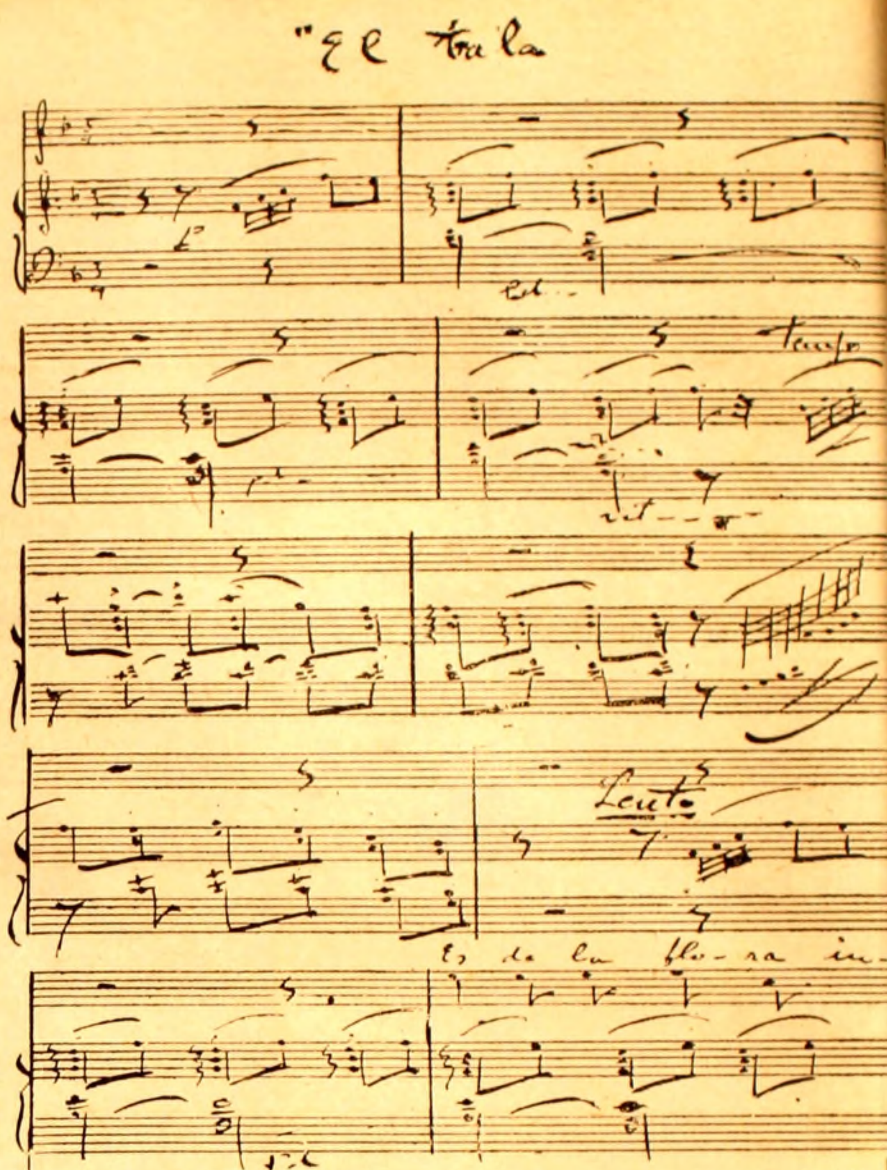
Muchos compositores modernos (Respighi Ingelbrecht, Casella...) han hecho "rondas de niños". Sus partituras son realmente impecables. Pero, en verdad, que sólo desde que "MAÑANA DE REYES" nos fué revelada, hemos sentido **cantar** a los niños.

Hay algo en lo extramusical, que es más importante aquí que lo puramente colorístico o formal. La inquietud rítmica que supera a la igualdad metronómica, es una prueba elocuente de que, en Fabini, la composición de una obra infantil ha obedecido más a una necesidad interna, que a una mera aplicación a un plan literario o formal.

En cuanto al proceso de composición, o sea al período de creación de una de sus obras, puedo afirmar que, en Fabini, éste no tiene ni la violencia de inspiración de los románticos ni esa fría precisión de trabajo, casi ingenieril, de muchos compositores de la época actual.

Se parecería a un lento trabajo de cristalización, si no fuese porque su obra no puede casi nunca catalogarse en formas conocidas o académias. Sin embargo, sus obras más recientes tienen del cristal toda su trasparencia de contenido, y toda su pureza.

Partiendo de una forma proteica, cual es la de "CAMPO", Fabini pasa a la forma mas pura de "LA ISLA DE LOS CEIBOS", donde lleva a cabo el artístico cometido de realizar una acabada **unidad** total. Allí se ven fundidos los elementos pictóricos que podemos considerar externos, anecdóticos, con sus cualidades de matiz personal; pero lográndose al mismo tiempo, una sólida **arquitectura** formal. Desde allí, una vez ganado este punto valioso, continúa su



Es de la flora indígena: con sus ramas abraza
una porción pequeña: forma como una tienda,
en donde las espinas se cierran en coraza,
para que dentro duerma tranquila la leyenda.

Vive en las piedras, solo, no necesita apoyo.
es primitivo en todo como la vieja raza.
Cuando se arrima al monte, a lamer el arroyo,
es por cerrar un vado o herir a quien lo pasa.

Tiene una historia simple. Un indio en la hora mala
sin armas, indefenso, a la sombra de un tala
pensaba en su derrota, en su dolor potente...

En el jaguar triunfante... En la tienda deshecha...
Y una rama de tala se dobló buenamente,
formando el primer arco que disparó una flecha.

Lorenzo LABORDE.



ascendente obra de deshumanización sonora quebrando sus ritmos en "LA MELGA" (1931), y volviendo a una forma cerrada, completa y perfecta en "MBURUCUYA" (1933), donde supera a gran altura aquel magnífico paso que en 1926 diera con la "ISLA DE LOS CEIBOS".

Es interesante hacer notar que en todo este perpetuo devenir de los medios expresivos, en contrapunto con la formalización cada vez más recia, el proceso proviene de lo profundamente **verídico** y no de lo convencional. Procede de un verdadero y efectivo, aunque lento, cambio de alma.

Conquistado el sentido de la unidad, sus reacciones ante lo incidental, se vuelven necesariamente distintas, y más perfectas. Los medios expresivos se enaltecen y se depuran; así es cómo los efectos armónicos, por ejemplo, se hacen cada vez más imprevistos y eficaces, y la instrumentación se simplifica, a la vez que gana en sonoridad y en pureza.

La depuración se torna de más en más completa. Y es porque, al hacerse estructural su alma, puede hacerse eficazmente formal, también su obra. He dicho otras veces que en Fabini, el paisaje (lo externo) cobra realidad cuando se hace **estado de ánimo.** Pues bien, como su alma generadora de esos estados, se hace más pura, lógicamente hay también una depuración en la extroversión propiamente musical.

"NATURALEZA - FABINI - SONIDO"

Esta es una suerte de fórmula única, pero totalmente explicativa, que nos permite dilucidar toda su obra, tan personal y absolutamente nueva.

Yo pude casualmente descubrir este estereotipo, cuya aplicación me diera tantas satisfacciones, en una tarde; en una tarde como otras tantas, en la que después de un largo paseo por los alrededores de Solís, me encontré con Fabini ante el armonio. El cansancio del día teñía ya de naranja la luz solar, mientras que en nosotros, la fatiga nos cerraba la boca, y nos hacía buscar la proximidad de un sitio de reposo.

Entramos en el rancho. Sobre el armonio pasaba, rasante, el sol. Entonces Fabini hizo cantar al antiguo instrumento. Improvisaba como siempre, con esa espontaneidad suya casi sin fluctuaciones. Del armonio brotaban raudales de música, que parecían engrandecerse a medida que la sombra diluía los contornos. Allí podía escucharse la música fabiniana en un estado naciente, virginal, cargada de todas sus cualidades, como el agua que se bebe en las fuentes.

La misma desnudez de esa música, ofrecía al análisis estético, todo cuanto pudiera desearse.

Cesó el improvisado concierto, casi sin comentarios.

La noche era ya una realidad.

Aún quedaba en el aire, como prendido al friso del horizonte, un poco del langor de aquellos compases de "Campo".

. . . .

Y sólo hubo de ser en la alta noche, cuando, al desfilar en mi mente las imágenes del pasado día campestre, encontré así tan lógica, tan completa, tan repentinamente, la identidad de tres momentos que en mi memoria se pintaron consecutivos:

El paseo, diálogo con las cosas naturales;

El aire reconcentrado de Fabini, y luego, el concierto imprevisto, lleno de belleza

Triple visión que, en su forma espontánea, se agrupó para sintetizar la ansiada fórmula con que podría hacer lo que toda buena hipótesis permite:

Explicar con suficiente sencillez los fenómenos, y permitir la previsión de otros nuevos.

Roberto LAGARMILLA.



A CIENTO CINCUENTA AÑOS DE LA REVOLUCION FRANCESA:

LAS MASACRES DEL MES DE SETIEMBRE DE 1792

AL abordar este penúltimo artículo de la serie consagrada a la Revolución Francesa o, mejor dicho, a los acontecimientos notables surgidos entre los meses de mayo a setiembre de 1789 a 1792, queremos relatar la página más sombría de ese gran libro humano, del que nuestra admiración por esa época no ha repudiado ni las faltas, ni las manchas.

Clemenceau decía, no sin arrogante orgullo republicano, que la Revolución era un "bloc" al cual era necesario aprobar o reprobar como tal. Sólo el político, ciudadano o jefe de partido, puede adoptar una posición tan categórica como simplista. El historiador tiene otros deberes, de los cuales el primero es el estudio de los hecho, su naturaleza, su magnitud, sus causas y sus consecuencias; desde que pasa de estos límites, cuya extensión es enorme, se convierte — y su derecho es el más estricto —o en político o en moralista.

Esforcémosnos, pues, en ser únicamente historiadores. De todos los "accidentes" revolucionarios, las matanzas de setiembre son los más rodeados de leyendas. Las imaginaciones han sido fuertemente impresionadas en la época misma, y el horror de los hechos se ha perpetuado naturalmente y amplificado por la pasión política.

Y, sin embargo, los hechos en sí no tienen nada de inusitado, ni de excepcional. Las pasiones religiosas, políticas, sociales, han jalonado la historia de autos de fe, de ejecuciones sumarias, de masacres colectivas, de las cuales el número de ajusticiados no quita ni añade nada al crimen cometido frente a la humanidad.

La contabilidad de los cementerios sólo tiene un valor positivo en el punto de vista estadístico. Si se considera bajo el punto de vista puramente moral, las cifras carecen de fuerza.

El osario de las matanzas de setiembre de 1792, no despide más hedor que tantos otros, ha dicho su último historiador M. Pedro Caron, Conservador de los archivos modernos en los Archivos Nacionales de París.

No, por cierto, y el olfato de cualquiera, también se halla violentado a pesar de la distancia, por la masacre de Saint Barthelemy, el 24 de agosto de 1572, en la que los católicos mataron en París, en una sola noche, más de 4.000 protestantes de todas las edades, y de todo sexo.

La represión de la insurrección de la Comuna de París por las tropas versallescas de M. Thiers, hizo 30.000 víctimas durante la "semana sangrienta" de mayo de 1871. Los fusiles "Chassepot" que habían hecho "maravillas" en Magenta, fueron también maravillosos en las calles de la ciudad luz.

Los españoles de nuestros días dan la apariencia — que nos perdonen la expresión — de batir todos los records.

Que estos ejemplos, recientes o lejanos, nos induzcan a juzgar serenamente las masacres de setiembre de 1792, las que contaron de 1.400 a 1.500 víctimas, debido a la cólera de los hombres.

La leyenda horrenda de los "ríos de sangre corriendo por las calles de París", está en oposición flagrante con — si no fuera osado decirlo — la modestia de las cifras.

Es imposible ser más precisos, atendiendo a que la mayor documentación desapareció en los incendios de la Comuna de 1871; pero los efectivos de las nueve prisiones parisienses donde tuvieron lugar únicamente todas las matanzas, son conocidos y acusan la cifra total de 2616 en la fecha del 2 de setiembre, fecha en que comenzaron, después del mediodía, las masacres que se continuaron hasta el 6 de setiembre.

No se mató sino en las prisiones, ahí va la explicación.

La insurrección del 10 de agosto, realizada por las secciones parisienses y los soldados confederados venidos de provincias a París, para de ahí unirse al ejército sobre las fronteras del Norte y del Este, invadidas por los prusianos, trae como consecuencia la caída de la realeza y la prisión de la familia real.

La Comuna revolucionaria parisiense, vencedora del 10 de agosto, ejerce una verdadera dictadura, a pesar de la existencia de la Asamblea Legislativa y la vuelta al ministerio — poder ejecutivo — de los Girondinos, a los cuales se añadía Danton, ministro de la justicia por la "fuerza del cañón", como él mismo dijera. Mientras tanto se decidió que la suerte definitiva de Luis XVI, suspendido en sus funciones reales, sería fijada por una Convención elegida por sufragio universal, como lo había pedido Robespierre anteriormente. El período electoral, como decimos ahora, comienza en seguida, y los candidatos a la diputación preparan las elecciones en París y en provincias. Las asambleas preparatorias fueron convocadas para el domingo 26 de agosto y las de segundo grado, que debían elegir a los diputados, para el domingo 2 de setiembre. En estas condiciones, entre el 10 de agosto y la Convención que sesionará por primera vez el 20 de setiembre de 1792, la Comuna se impone a los ministros girondinos por Danton que es allí su gran hombre.

El pensamiento dominante de la Comuna es el de vengar a los muertos del 10 de agosto. Ella ordena las visitas domiciliarias, y la captura de los contrarrevolucionarios, nobles o sacerdotes, y los soldados suizos, los que en número de doscientos habían sobrevivido a la lucha de las Tullerías. El 11 de agosto la Legislativa, cuyos días estaban desde luego bien contados, autoriza a todas las municipalidades de Francia a arrestar los sospechos de incivismo revolucionario.

En París, las prisiones fueron colmadas de "políticos", y los insurrectos vencedores amenazaban masacrarlos si no eran juzgados sumariamente por un tribunal popular. El 17 de agosto, la Asamblea cediendo a la presión de las secciones, crea un tribunal extraordinario elegido por ellos mismos. Este tribunal de excepción se mostró más bien clemente, y se empezó a creer en el pueblo que se quería libertar a los culpables de la resistencia de las Tullerías, y a aquellos que favorecían por su traición la marcha de las tropas extranjeras cuyo jefe, el duque de Brunswick, había amenazado a París con una ejecución militar sin piedad.

La cólera popular aumentó cuando se supo en París que La Fayette había querido sublevar a su ejército y marchar sobre la capital. Abandonado por sus propios soldados, La Fayette se pasa el 19 de agosto a los austriacos, quienes lo hacen prisionero.

El pueblo de París, más aún que el de provincias, sentía con razón que la traición existía por todas partes, y su convicción se afirma al saber que Longwy se había rendido y que Verdún estaba sitiado. La rabia de la desesperación arrastra a la población parisiense; el rebato, el cañón de alarma, enloquecía los espíritus provocándolos a adoptar medidas extremas. Los voluntarios reunidos que debían partir para las fronteras, creían que inmediatamente después de su partida, la capital, de la que ellos constituían la fuerza viva, sería la presa de los enemigos de la Revolución. Ellos pensaban que los prisioneros se sublevarían, escaparían de sus prisiones donde el tribunal los mantenía sin juzgarlos por debilidad, o por traición, y que también se cumpliría la predicción de la destrucción de París y del aniquilamiento de Francia apuñaleada en la espalda por los sospechosos prisioneros, mientras que ellos harían frente a las tropas de la coalición extranjera, secundada por los nobles franceses emigrados.

La actitud de los prisioneros confirmaba las suposiciones de los confederados. En los patios de las prisiones manifestaban sin encogimiento su gran esperanza de ver a los prusianos entrar victoriosos dentro de pocos días, en París. Desde las ventanas interpelaban a los transeuntes y los amenazaban con un pronto ejemplar castigo.

En la tarde del 2 de setiembre, comenzaron las masacres de los prisioneros, en la cárcel de L'Abbaye.



Mademoiselle de Sombreuil, que defendió a su padre ante el tribunal, obteniendo la absolución

EL EXITO DE LAS RUBIAS

Hoy en día las rubias son las mujeres de gran éxito en la vida mundana. Las personas observadoras que han frecuentado los grandes centros sociales de Norte América, Europa y especialmente París, nos confirman nuestra opinión.

La mujer francesa es en general trigueña como la uruguaya y sin embargo se observa un elevado porcentaje de mujeres con cabellos rubios. En nuestra sociedad esta moda se ha generalizado gracias a la facilidad con que se decolora el cabello. El método francés que es el que se usa aquí consiste en aplicarse durante 3 días la manzanilla "verum" que se encuentra preparada en todas las farmacias y de este modo el pelo toma uniformemente un color rubio dorado encantador. La manzanilla verum es económica y se emplea en casa como una simple loción.

Durante mucho tiempo se ha sostenido que el principio de esta explicable, pero funesta operación, fué expontánea y se continuó sin dirección.

Nos parece bien, hoy día, que las masacres fueron, sino ordenadas, que las ma- inmediatamente dirigidas.

El comité de vigilancia de la Comuna, en el cual acababa de ingresar Marat, tomó la responsabilidad de la matanza. Es imposible avaluar el número de ejecutores, de "trabajadores" o de "bandidos" que "depuraron" las prisiones.

Parece que hayan sido poco numerosos, pero la ausencia total de documentación impide hacer un cálculo, ni aún aproximado. Es de presumir que ciertos equipos pudieron turnarse, y operar en diversas prisiones.

El hecho evidente es que, en cada prisión se improvisó un tribunal, que sus jueces examinaban el registro carcelario, hacian comparecer ante ellos a los prisioneros conocidos, particularmente a "los políticos"; los interrogaban sumariamente, pronunciaban su libertad o su condenación a una sola pena: la muerte. Y la ejecución inmediata se sucedía.

Felizmente hay que reconocer que la mitad de las personas encarceladas fueron libertadas por absolución. Cuando el tribunal reconocía la inocencia del prisionero, el presidente se levantaba, se descubría y felicitaba al libertado. Después el pueblo lo acompañaba hasta su casa al grito de: "Viva la Nación!"

La absolución de M. de Sombreuil, gobernador de Los Inválidos, prisionero en l'Abbaye, fué significativa. Su hija obtuvo el permiso de compartir su cautiverio desde el 18 de agosto al 3 de setiembre, en que el presidente del tribunal improvisado, Maillard, hizo comparecer al prisionero.

La hija, de 18 años de edad, tomó su defensa y durante tres horas sostuvo la inocencia de su padre. El gobernador nunca se había pronunciado contra la Revolución; su bondad para con todos, y mismo su civismo era cierto. En nombre de la justicia y de los nuevos principios debian absolverlo.

Maillard y los jueces le dieron ganado el pleito, y felicitaron a la jovencita. M Sombreuil y su abogado fueron llevados en triunfo. Uno de los "trabajadores" ofreció un vaso de agua a la joven. Una leyenda ha pretendido hacer creer que Mlle. de Sombreuil, sólo había obtenido la libertad de su padre al precio de un vaso de sangre que le obligaron a beber.

La princesa de Lamballe, internada en la prisión de "La Force", fué masacrada el 3 de setiembre. Amiga íntima de María Antonieta, y cuñada del duque de Orleans, ella habia participado en la corte de los placeres y los favores de la reina, prisionera ahora en el Temple. La desgraciada fué ajusticiada sin piedad. y su cabeza, paseada en el extremo de una pica, fué exhibida bajo las ventanas de la reina y las del duque de Orleans, en el Palacio Real.



Masacres en las prisiones

La alta responsabilidad de estos acontecimientos que, "todo hombre reposado quisiera cubrir con un velo y arrebatar a la historia", no es fácil de establecerla completa y justicieramente.

Danton ha reivindicado cínicamente sus responsabilidades. Marat, no ha renegado las suyas. Los ministros girondinos dejaron que se cumplieran las cosas por consentimiento, o impotencia. Petion, alcalde de París, no hizo, o no pudo hacer, nada tampoco. Pareciera que en el gobierno se juzgaran los asesinatos "necesarios", como un "sacrificio indispensable", como diría Danton.

Napoleón, a juzgar por un pasaje del **"Memorial"**, no estaba lejos de pensar que el acontecimiento "estaba en la naturaleza de las cosas, y en el espíritu de los hombres... Los prusianos entraban; antes de correr a ellos, han querido echar mano sobre todos sus auxiliares dentro de París; es posible que este acontecimiento influyó entonces sobre la salvación de Francia".

El emperador Napoleón, que tuvo a su alrededor tantos revolucionarios apaciguados, pero bien informados, parece haber penetrado la determinante principal de las masacres de setiembre.

JULES BERTRAND



La cabeza de la princesa de Lamballe, paseada por las calles de Paris

GARCILASO DE LA VEGA

"EL REY DEL BLANDO LLANTO"

Dibujo de AGUERRE

Mi devoción por los clásicos (que no se opone al amor por los modernos) me lleva hoy a leer nuevamente a Garcilaso de la Vega, a quien el "divino" Herrera llamó "El rey del blando llanto".

Segundo hijo del Comendador de León, perteneció este poeta a la nobleza de Castilla. Vivió treinta y tres años: de 1503 a 1536.

En su breve pasaje por el mundo Garcilaso escribió los versos más diáfanos y armoniosos que conoce nuestra lengua. Fué galán y cortesano. Guerreó, desde los diez y siete años, bajo las orgullosas banderas de Carlos V,. — Y cayó, en una batalla, herido de muerte heroica.

¿A qué entrar en otros pormenores de su existencia?

Tengo aquí su único libro. Breve. No podía escribir mucho quien vivió tan poco. Y vivió más peleando que en el reposo propicio al suave fluir de la inspiración poética.

Lo primero que viene en el libro son las tres églogas famosas, algunos de cuyos versos quedan como esculpidos en la memoria del lector:

El dulce lamentar de dos pastores..

. . . .

Corrientes aguas, puras, cristalinas...

. . . .

Flérida, para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno...

Pese a las almibaradas lamentaciones de sus pastores convencionales, a los recuerdos de Virgilio, Petrarca y Bernardo Tasso, que en muchas partes aparecen, a los cambios operados en nuestra sensibilidad, es imposible no admirar en las églogas — como en toda la obra de Garcilaso — la insuperable maestría de la forma, la gracia juvenil del lenguaje, la música exquisita del verso. Su estética, su religión y su moral están ahí.

A las églogas siguen dos elegías que poco agregan a la gloria del poeta; la epístola a Boscán, su compañero en sueños y en la empresa aconsejada por Navagero de imitar formas y metros italianos; las cinco canciones, entre las cuales sobresalen la tercera y la última; los treinta y siete sonetos, que hacen olvidar el esfuerzo que en el mismo sentido realizó anteriormente el docto Marqués de Santillana, y algunas poesías menores.



En casi todas las composiciones, la misma mano maestra y el mismo tema.

Este hombre que vivió el heroísmo de las batallas, no se acuerda, cuando escribe, de la guerra. Para él sólo existe el piros y lágrimas, casto, tierno, fiel hasta más allá de la muerte. Petrarquismo puro, amor. Amor quejumbroso, suma de suspiros y lágrimas... en fin.

No convence mucho ese contínuo y "dulce lamentar". Es demasiado retórico a veces. Cuida enormemente de la elegancia y belleza de la frase. Nunca eleva su voz hasta la altura de la pasión. Ni palabras ni gestos rompen en él la armonía de lo cuidadosamente medido.

Empalaga un poquito — con perdón sea dicho — tanta dulzura regada con llanto.

En cambio, ¡qué primores de forma! — ¡Qué sentido del matiz y de la música! — ¡Qué luminosidad tan profundamente latina!

El idioma, en la obra de Garcilaso, se depura de toda vulgaridad, se afina, se da entero en color, perfume (sí, perfume) y melodía.

No se crea, por lo dicho, que está en absoluto ausente de Garcilaso el verdadero sentimiento.

¿Cuándo compuso Garcilaso este soneto? ¿Estaba en España, Italia, Francia, Viena? ¿O en aquella isla del Danubio que vió nacer a la Canción Tercera?

Lo imagino lejos de la patria, cumplidos los treinta años. Alguna cana le recuerda que la juventud no es duradera. Algún desengaño le hiere el alma. Para dar voz a su tristeza, el poeta se pone a escribir. Interroga a su corazón. Y éste le muestra las cenizas de amores que creyó eternos.

Al recordar a las mujeres que lo amaron, Garcilaso rompe en un sollozo que — quiero creerlo — es sincero esta vez:

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas, dulces y alegres cuando Dios quería!

Miel de amores destilaban sus labios. ¿Por qué quiere Dios que la felicidad sea pasajera?

He aquí que esas mujeres se reunen ahora en la memoria del poeta y se conciertan con ésta para darle muerte.

¿Cómo podría imaginar, en las horas de dicha que las "dulces prendas" le dieron, que llegaría el momento en que recordarlas le produciría tanto dolor?

¿Qué deliciosas evocaciones atormentan ahora el espíritu del poeta?

Pretende huir de sus recuerdos y pide que le lleven el mal que le han dejado, como le llevaron el bien que un día le dieron. Si no lo hacen así, supondrá que el placer que le fué concedido no tuvo otro objeto que el de verlo "morir entre memorias tristes".

El poeta abandona la pluma y se queda con los ojos fijos en la "Comedia" del Dante, que poco antes estuvo leyendo. En una de sus páginas dice el gran florentino: "No hay mayor dolor que recordar el tiempo feliz en la desgracia".

Pero ese dolor — lo sabía Dante, lo sabe Garcilaso — alimenta la fuente misteriosa de la poesía.

Manuel BENAVENTE.

SOCIALES



Señora MARIA ISABEL PELAYO DE OSORIO.



Señorita CHICHITA CATRAS. — (Foto Marchese).



NELSON y ADA IRMA ESPINOSA CUROTTI



Señorita LILA HAYDEE VIDAL. — (Foto Marchese).



Señorita MAGDALENA SEITUN.



Detalle del retablo Dominicos de Colmar.



Tres Pastores (detalle de la Natividad).



Casa del ciervo (Punta seca).

GRUNEWA

EL hombre que los siglos póstumos han llamado Grunewald, era conocido de sus contemporáneos por Mathis d'Aschaffenbourg, asociándose su nombre al lugar del nacimiento, y otras veces aparece nombrado como Mathis de Strabourg. Ha sido recién en el año 1917 que se ha podido establecer que el verdadero nombre era Mathis Nithart.

La biografía aparece llena de lagunas, pero si tiene tales elementos y características personales, que ha podido relacionarse toda ella, confrontándose las obras de juventud, firmadas Mathias, o Matis, y a veces con sólo las iniciales M. N. Con el nombre de Grunewald ha pasado a la historia del arte, considerándosele como el colorista más grande de la escuela alemana. Fué discípulo de Holbein, el viejo.

Joaquin Sandrart, pintor biógrafo del siglo XVII, que le llama "El Correggio Aleman", le representa como vecino de Maguncia, donde vivia "solitario y me-



Autorretrato.



La virgen con el niño (dibujo a pluma)



Dibujo sobre madera, no grabado, para la ilustración de Terencio.

Retrato de hombre.





Cabeza de viejo (tinta).



Pareja amoro



Retrato de una pareja (pluma y aguada)



Cabeza de mujer (tinta).



Mono (dibujo a pluma).



Perro rascándose. (Punta seca).



...erva (detalle del retablo de Isenheim)

D (Mathis Nithart, 1455 - 1528)

lancólico". En vida tuvo escasa celebridad, trabajando en un circulo muy limitado para la abadía de Isenheim, cerca de Colmar.

Sus cualidades esenciales son una ternura, una delicadeza infinita. La poesía y la mística inspiraron a este artista, creador, pintor en la acepción más completa del nombre, uno de los raros que han tenido el privilegio de crear modos de expresión nuevos, con repercusión prolongada, después de sus dibujos del que proceden Durero y todas las escuelas modernas. Pintó, a los 20 años, su autoretrato, introdujo la punta seca en el arte del grabado, y lo manejó con un sentimiento que solamente Rembrandt pudo sobrepasar en sus aguas fuertes; pinto animales, naturalezas muertas y paisajes perfectos y emotivos, tanto como cualquier otro artista de los siglos futuros, obteniendo, por medios puramente artísticos, toda la gama de sensaciones humanas, desde los de felicidad radiante a los más sombríos del dolor y de la desesperación. Y todo esto en verdadera imagen del medio evo, frecuentemente en anonimato, a tal punto que las generaciones siguientes siguen admirando la obra, habiendo olvidado el autor.

Su mejor obra es el Retablo de Isenheim, que se conserva en el Museo de Colmar. Lo encargó el abad Guido Guersi. Este retablo es un altar de transformación, cuyas diferentes partes pintadas o esculpidas se podían enseñar a los fieles en diversas combinaciones, según las fiestas de la Iglesia. Grunewald en las diversas pinturas que lo integran va más allá de los límites de lo hermoso y de lo feo, y su naturalismo no se detiene ante lo horrible. No se preocupa de las proporciones. Pero sus dotes excepcionales de colorista le dan derecho a ser considerado como el único pintor de su país en su época, pues los alemanes contemporáneos sólo merecen el nombre de dibujantes y grabadores.



Retablo de Isenheim: San Sebastián (retrato del artista).



...punta seca).



Mujer en oración



...etrato de Guido Guersi, donai... tablo de Isenheim.

Retablo de Isenheim: San Antonio.



EL CAUDILLO

Ilustración de **HOHMANN**

EL viejo Maguna era un sujeto singular y misterioso.

Todos lo conocían en Polanco del Yi, pero no terminaban de saber bien de qué vivía. No vestía mal, aunque siempre andaba muy pobremente trajeado, y el apero del caballito criollo que montaba, por un pelo no parecía el de un gaucho matrero.

Naturalmente que el hombre agarraba algún trabajito de alambrador y formaba una de las mejores "comparsas" en tiempos de esquila. Pero como aquello no daba para mantener una familia, la gente tenía que andar haciéndose suposiciones, sin perjuicio que hasta entonces jamás atribuyó al mencionado acción criticable o ilícita.

—Y tendr'algo—suponían los paisanos.

—Será de suerte p'al juego — imaginaba otro.

Y al de más allá se le ocurría que el criollo, que de vez en cuando se perdía por largas temporadas, andaría changando de su oficio por pagos lejanos.

Como nuestro hombre estaba en la plenitud de su vida, no adaptándose a su físico el calificativo de viejo con que se complementaba su apellido, es posible que aquél se usara solamente para diferenciarlo de su hijo, quien casi siempre andaba en su compañía.

Apuesto, "echau p'atrás" por natural complexión, al descubrirse presentaba una característica llamativa: sobre su atezada cara viril parecía resplandecer su frente despejada, cuya blancura—por ir siempre protegida de la crudeza de la intemperie por el ala gacha del sombrero—resaltaba aún más por el contraste de una gran barba ondeada, renegrida, a la que—pese a sus "galopeados" 50 años—no "atordillaba" ni siquiera una cana.

Tenía los ojos oscuros y pequeños, pero como encendidos y avizores, entre las órbitas hundidas y la maraña de las cejas pobladas.

No era de mayor estatura; quizá fuese bajo, pero sentado, echado para atrás en los bancos de los boliches o enhorquetado en el caballo, como su busto era desproporcionadamente mayor que sus piernas, parecía gigantesco e imponente.

No sé si él lo sabía, pero en la misma proporción que se achicaba, humilde, lento y silencioso cuando caminaba, así ... y se tornaba impresionante y soberbio desde el pedestal de su cabalgadura.

Parecía uno de esos grandes pájaros que caminan torpemente, casi como arrastrándose, y recuperan toda su esbeltez y toda su prestancia cuando abren las alas y se remontan por los aires.

El viejo Maguna era otro a caballo, y hablaba o saludaba con un aire noble y entero, digno de mejor destino que aquel suyo de gaucho pobre, un poco vago y un poco trashumante, que andaba de aquí para allá por los caminos, por las estancias y por las pulperías.

Por el tiempo de mi historia estalló la revolución de Aparicio Saravia, la de 1904. Las levas del gobierno levantaron la mozada del pago, a las que no dejaron de acompañar buena copia de hombres maduros, huyendo, los que no querían servir, a los montes del Yí y del Río Negro.

Casi todos los alzados, los que matreaban, eran muchachada conocida y seguramente blancos, pues los colorados no le sacaban el cuerpo a la obligación.

La indiada del otro pelo tampoco le mezquinaba el cuero a la revuelta, sino que, como no había partidas de correligionarios a las cuales incorporarse, les era preciso esconderse y hacer tiempo hasta que se les presentase la ocasión de poder seguir a sus camaradas.

Los vecinos de los alrededores hubieran preferido que sus muchachos—hijos, hermanos, peones de las familias del contorno—no se alejasen de por allí, pues en ellos tenían una especie de salvaguarda y garantía de los matreros y foragidos que, aprovechando la revolución, asaltaban poblaciones, carneaban, arreaban hasta los petisos aguateros y se alzaban con cuanta cosa que les interesara les caía a tiro de sus largas y ávidas uñas.

Como de costumbre — y esto es tradición de las épocas turbulentas—, en estas oportunidades corrían patrañas de toda especie y, más acá o más allá, partidas de facinerosos raptaban muchachas, quemaban ranchos y robaban las pulperías solitarias.

Nadie se aventuraba solo por los caminos, y era fama que ciertos pasos, como el de Polanco, imponían una especie de peaje ineludible, que consistía en armas, poncho y el tirador o el bolsillo vaciados de lo que contuviesen, aparte del consiguiente susto...

Según los que conservaban una clara impresión de la sorpresa, los asaltantes del paso famoso eran siempre dos. Otros veían más... Pero todos coincidían en que aparecían con los rostros cubiertos por un pañuelo, que les tapaba también la cabeza, no dejando sino una rendija para los ojos; no ostentado ni siquiera una abertura para la boca, pues los perdularios, quizás por el temor de que los conociesen, no cambiaban ni una palabra con sus víctimas.

Dada la situación, era muy difícil conseguir escoltas de varios vecinos, y las escasas veces que esto sucedió no se les sentía ni el olor a los malhechores.

Se desconfiaba que pudieran estar complicados en tales fechorías el viejo Maguna y su hijo. Pero cuando no era uno, el otro hacía acto de presencia en los campamentos de los escondidos en el monte o en las estancias y almacenes.

Por otra parte, el concepto sobre Maguna mejoró mucho cuando — a raíz de la llegada de una partida de bahianos, que con el pretexto de estar con el gobierno cometieron tropelías sin cuento— él se ofreció para hacer un reconocimiento de los forasteros y hasta pelearlos si se ofrecía la ocasión o lo imponían las circunstancias. Lo trataron de disuadir de la temeridad y no consiguieron otra cosa que el hacerlo ir, solo con su hijo, a tirotearse con los bandoleros.

Aquella hazaña, que lo dejó tan bien considerado, produjo una especie de emulación de coraje. Todo el mundo se sobraba para cualquier acción. Algunos viajaron solos y de noche, y dos mozos del pago que tenían que llevar una "puntita" de animales al departamento de Florida, echaron la "ronca" de que a la otra madrugada iban a cruzar con su ganado por el paso famoso.

Lo hicieron, pero terminaron a pie, pues los asaltantes, que les balearon en las patas a los caballos, les quitaron la tropa, las armas y la ropa, aterrorizándolos hasta el punto de que los muchachos fueron a dar a unas poblaciones cercanas, descalzos y sin habla, como si se hubieran encontrado con el mismo diablo en persona.

Estos corajudos tampoco pudieron aportar indicio alguno referente a la identidad de los asaltantes, pero llegaron datos al vecindario de que los Maguna andaban luciendo prendas sospechosas y vendiendo otras por pagos inmediatos.

Entonces se resolvió vigilarlos, no perderles pisada, y terminaron por tener la seguridad de que no podían ser otros que los Maguna los de la hazaña del desvalijamiento del paso.

Un día que los divisaron en las inmediaciones, los que andaban a monte se corrieron hacia el sitio de sus fechorías y se escondieron en espera de novedades. Ya tenían un viejo carromato de mercachifle para servirles de carnada. Mandaron con el vehículo a un turco aleccionado al respecto, y no bien éste cayó al arroyo, cuando se le aparecieron los asaltantes, y disparó, como estaba convenido, mientras los de la emboscada los coparon y los dominaron antes de que se pudieran defender.

Les arrancaron los pañuelos de la cabeza y se encontraron, realmente, con el viejo Maguna, acompañado de un pardito desconocido. El hombre había amagado pelear, pero unas cuantas pistolas que le apuntaban inclementes lo hicieron entrar en razón.

Ni habló casi.

Hosco, mordiéndose los labios, la vista en tierra, apenas atinó a rezongar:

—¡Mi han jorobau! — y entregó las armas.

Montó a caballo cuando se lo ordenaron, y sin siquiera protestar permitió, indiferente, que le ataran los pies por abajo de la panza del matungo.

Preguntó a Lucientes, que mandaba el pelotón:

—Y áhura, ¿qué van'hacer conmigo?

El otro, muy imbuido de su papel, respondió:

—¡Vamoj'hacer justicia! — y mandó: —¡Marchá!



Posiblemente, primero intentaban arrancarle la confesión de sus pellejerías, para tratar de recuperar lo que se pudiese y después fusilarlo, y ya se ponían todos en camino, cuando el pereré de un caballo que caía al paso los hizo mirar para atrás.

Era Maguna chico, que venía sin sombrero, con el pelo revuelto, blanco como un papel y sin voz para gritarle a los otros "que clavaran la rajada".

Hubo como un crisparse temeroso en los hombres.

Se aguzaron los sentidos queriendo oír, ver el peligro.

—¿Qué pasa? — se irguió el viejo, que parecía tan entregado a su suerte.

Tartamudeó el muchacho:

—¡Los coloraus! ¡Los coloraus!

Y ya como si buscara refugio en él:

—¡Se vienen, tata! ¡Se vienen! ¡Me traían pisando los talones!

Y ya agregó el cálculo que quién sabe si no se lo agrandaba el pavor:

—¡Son como cincuenta.

Los que habían detenido al viejo Maguna eran catorce, y con él, el hijo y el pardo, sumaban diecisiete y armados, pero casi sin municiones.

La gente quiso disparar. Estaban demasiado habituados a mezquinarle el cuerpo al peligro. El viejo iba a quedar solo. No iba a haber tiempo ni de que lo desataran. Su hijo, con el miedo que traía, no servía ni "pa llevar un parte".

Pero a Maguna, más que el temor, lo encendió el coraje. Le pareció que él era responsable de toda aquella mozada, hasta del mismo Lucientes, que serviría para llevar gente a votar, pero lo que era para una refriega, estaba dando pruebas que no tenía "ni pa empezar".

—¡Nadie se mueva! — vociferó el viejo, y creció sobre su caballo como si se pusiese de pie. Sacudió la cabeza hasta que se le cayó el sombrero y parecía que le hacía luz la frente blanca. Agitaba los brazos cual si quisiera detener a la paisanada, y ya mandó, erguido, mirando con ojos relampagueantes para uno y el otro lado:

—¡Pie a tierra! ¡Reculen los caballos p'al monte! ¡Y echensé de panza todos!

Se sintió el tropel. Se vió la polvareda. Y no habían entrado los primeros milicos al agua, cuando Maguna mandó con voz sonora:

—¡¡Fuego!!

Una descarga cerrada recibió a los atacantes. Se revolvieron los caballos. Se desplomó uno con jinete y todo. Otros pingos heridos se paraban de mano y se pechaban. Cundió una grave indecisión en los recién llegados.

Y el viejo Maguna, despertado el caudillo, temerario y heroico, quería avanzar, sin armas, con los pies atados por abajo de la panza de su matungo.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Ajo! — gritaba — ...¡Vivan los blancos!

Y por suerte su muchacho — para aquello tuvo decisión, — arrastrándose, adelantóse con el propósito de desatarlo.

La milicia empezó a tirar también, pero a lo loco, porque no podía localizar al enemigo. Luego, como era imposible hacer idea de cuántos eran y no esperaban semejante resistencia, no se atrevían a avanzar, desconfiados, temiendo alguna estratagema.

El viejo Maguna, ya libre, arrancó un winchester de las manos de un bisoño y con cuatro hombres se corrió por el monte y les empezó a menear bala a los enemigos, medio de flanco y medio de retaguardia.

Esto desconcertó a los atacantes.

Entretanto, el gaucho se reintegró al grueso de sus doce hombres, a quienes hizo montar a caballo rápidamente y ordenó a gritos:

—¡Cargue la caballería!

La indiada estaba como si hubiera tomado caña con pólvora y atropelló derecho al paso, va tiros y gritos y maldiciones.

Por suerte oscurecía y las fuerzas del gobierno, que ignoraba con quien se las tenía que ver, dejando algún herido y dos muertos en el campo de batalla, confió a las patas de sus pingos la solución de la refriega.

Al pardo secretario del asaltante también lo habían dejado seco de un balazo.

Bueno, la cosa fué que el viejo Maguna se tomó en serio el papel y siguió dando órdenes, que le fueron obedecidas, porque por aquella defensa en que se reveló un estratega y un caudillo, bien valía la pena que se le atendiera y se le concediera respeto.

La indiada admiró — unánimemente — su decisión, su sangre fría y su coraje.

¡Era un jefe!

Aquello lo salvaba.

Pero Lucientes — que un tanto desconfiado, cambió dos palabras con sus compañeros, — no pudo menos que decirle:

—¡Mire, don Maguna, despuéj d'esto, nojotroj lo largamo! ¡Si no lu-hiciéramo seríamoj muy desagradecido, pero, ¿sabe?, es mejor que se vaya!...

Y el viejo Maguna, altivo y digno, sin dar las gracias, pero sin olvidarse de recomendar: "Entierremelón al negrito..." montó en su pingo, y en compañía de su hijo, se perdió en la noche tras un:

—¡Que Dios los ayude y a mí no me desampare!

Montiel BALLESTEROS.

Las aventuras de Huck Finn

HUCK FINN, el héroe del afamado humorista Mark Twain, vuelve a la pantalla con sus travesuras, su bondad ingénita e impulsiva y sus múltiples aventuras a orillas del Río Missisipi. El popular Mickey Rooney protagoniza esta película en el "CINE METRO" y en la que tienen actuación destacada Walter Connolly, William Frawley y el notable actor negro Rex Ingram.





DEMOSTRACION ANTIAEREA. — El general Vizconde Gort acompañado del agregado militar alemán, Barón von Bechtolsheim, y expertos militares que en Weybourne Norfolk, Inglaterra, tuvieron recientemente ocasión de asistir a una demostración de defensas antiaéreas.



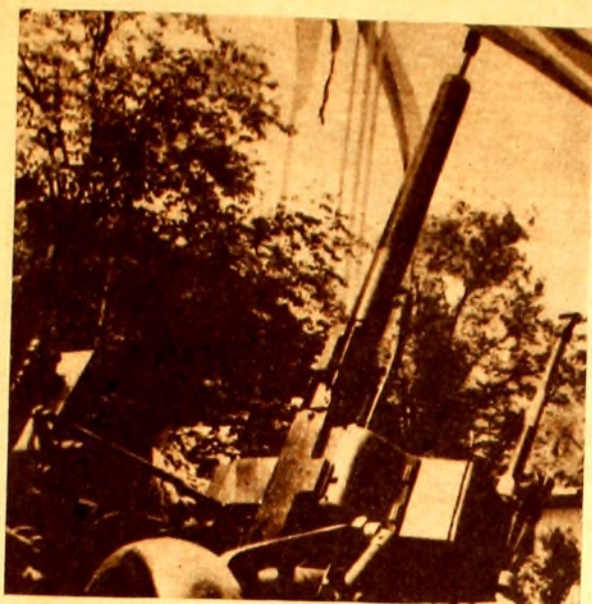
EN LA FRONTERA POLACA. — Periodista inglés acompañado de dos soldados polacos de Gdynia, para inspeccionar sus documentos y fotografías.



AL LADO DE UN CANAL HOLANDES. — Una de las líneas de defensa holandesas en un pintoresco lugar, con trincheras cavadas al costado de un canal.



CONTRA LOS TANQUES. — Barrera de defensa antitanques, construida por los holandeses en su frontera con Alemania.

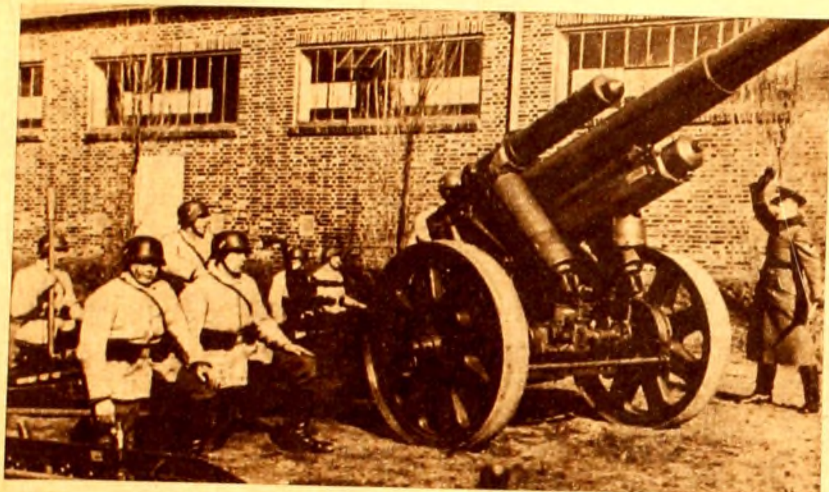




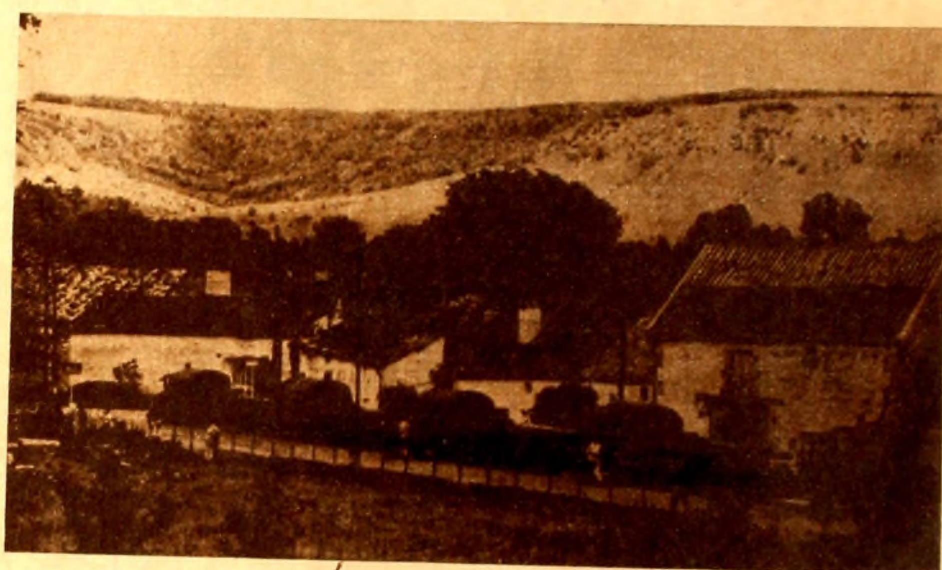
SUIZA TAMBIEN SE FORTIFICA. — Tipo de cañón moderno de gran alcance, que fué exhibido recientemente en Zurich.

EUROPA EN ARMAS

POLITICOS JAPONESES EN EL AIRE. — Grupo de parlamentarios japoneses después de realizar un vuelo en el aeródromo militar de Tachikawa.



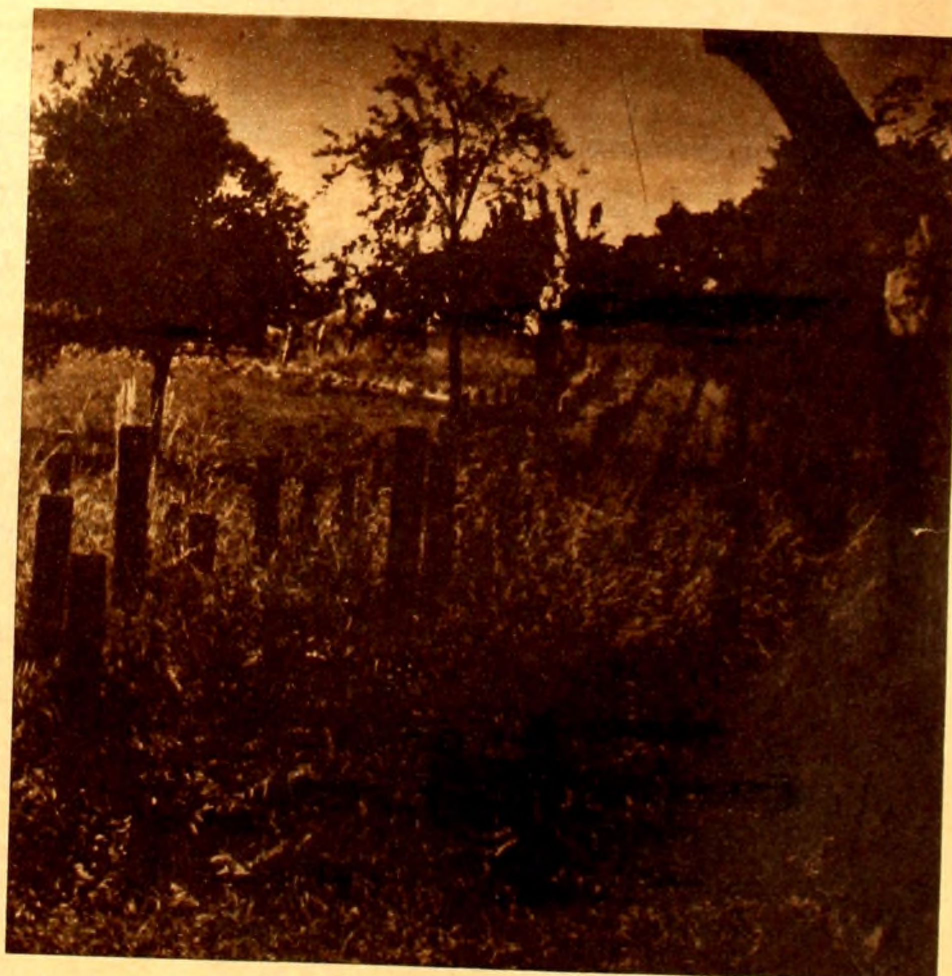
EJERCICIO DE ARTILLERIA ALEMANA



LOS CAÑONES FRANCESES HACIA LA FRONTERA. — Parte de una caravana interminable de cañones de larga distancia, rumbo a la frontera alemana, por caminos de Alto Marne, entre Chaumont y Joinville.



HOLANDA CONSTRUYE DEFENSAS. — Tropas holandesas frente a una de sus defensas disimuladas, (su línea Maginot), construídas recientemente en la frontera del Oeste.



LINEA MAGINOT. — Campo erizado de puntas de hierro ,contra tanques, defensas de la Línea Maginot en el Alto Marne.





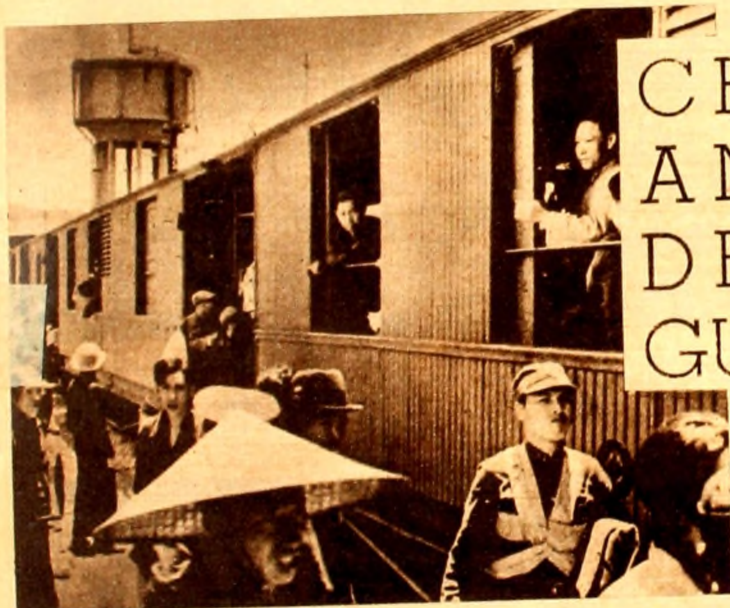
Pintoresca calle de Kunning, capital de la Provincia de Yunnan.

Interesante nota en la que puede apreciarse el orden y la limpieza de una de sus calles de negocios, con las características construcciones de madera.

CHINA ANTES DE LA GUERRA



Grupo de escolares chinos, sobre un Panteón de Ilustres, en la que aparecen sus nombres grabados a los lados del monumento.



Escena en una estación del ferrocarril construído por los franceses en Kunning.

Hermosa vista de la ciudad de Kunning, que no ha sido alcanzada por la guerra.—Puede advertirse en esta nota la mezcla de arquitectura antigua y la moderna.





La Torre Blanca del Monasterio de Po-Yun

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

HACIA NUEVOS PELIGROS.





















